

MENSAJE

DEL DIRECTOR

VIDAS DESPERDICIAS Imaginemos un mundo en el que todos los años se selecciona a 700 000 niños desechables a quienes se les niega la oportunidad de crecer, aprender y contribuir al desarrollo de sus países. Imaginemos que los métodos empleados para este fin consisten en privarlos del acceso que tienen otros niños a la inmunización contra las enfermedades mortales de la niñez y otras atenciones básicas de salud, a los alimentos necesarios para su crecimiento, al amparo de una vivienda mínimamente adecuada y a un ambiente sano, libre de sustancias nocivas. La imagen es tan inhumana y despiadada que repele; sin embargo, ese mundo existe en nuestra Región, lado a lado con el de miles de sobrevivientes que luchan por la existencia al margen de la vida y de la salud.

¿Cómo se determinan las vidas que han de desperdiciarse? En nuestros países, la respuesta es, esencialmente, las de niños que nacen en condiciones sociales y económicas desfavorables. Los elementos determinantes de cifras de mortalidad infantil tan asombrosas son la situación socioeconómica de la familia, factores ambientales y algunos problemas específicos de la salud materno-infantil. Esta mortalidad es también un reflejo de la ineficiencia y distribución desigual de los servicios de los cuales dependen nuestras poblaciones. El número excesivo de muertes infantiles es inadmisibles no solo por consideraciones morales y el desperdicio biológico y psicosocial que representa, sino por el acervo de tecnologías, conocimientos y otros recursos existentes.

Si bien la pobreza que cunde en nuestros países se ha agravado con las migraciones, el desempleo y la reducción de servicios sociales que han acompañado a la crisis económica, cabe señalar que el mejoramiento de la salud de la población no es siempre ni exclusivamente una secuela del desarrollo económico. Esto ocurre solo cuando las políticas nacionales se orientan a mejorar el nivel de vida de los grupos más vulnerables. Pueden lograrse avances considerables en la salud sin progresos paralelos en la economía, cuando hay un compromiso político de salud y educación para todos que se traduce en la provisión de nutrición adecuada a mujeres embarazadas y a sus hijos, participación popular y énfasis en la atención de salud para los grupos más necesitados. Y esto puede lograrse ahora, aun en las condiciones que prevalecen en América Latina y el Caribe. La imagen de un mundo de seres desechables solo podrá borrarse si todas las sociedades aceptan la salud y el desarrollo

de los niños como un objetivo prioritario; si aceptan con determinación los valores incorporados en la meta de salud para todos. Cada paso hacia esa meta será una inversión en el futuro de justicia e igualdad que es derecho de todos. □



Dr. Carlyle Guerra de Macedo
OFICINA SANITARIA PANAMERICANA